

VIVENCIAS VIAJERAS POR LOS LÍMITES DE MURCIA Y ALBACETE

Saura Mira

Nada más hermoso en el valle que otear el enhiesto signo de los campanarios de las iglesias que se encaraman sobre las casitas arrebuajadas a su entorno, representan la fiel cadencia de algo que retumba en el paisaje que se hace creencia y cita para labriegos presurosos de faenas de tandas de agua, o se depura en el mensaje de sus campanas que se notan, escuchan en cada localidad como presagio, alegría, cadencia triste, cita necesaria para la función religioso. Robusto contenido de aliento cuando el día se abre con la mañana de fiesta.

A veces me siento aturdido, con la necesidad de tomar aliento y redimir pesares consumando encuentros en el interior de los templos del valle, desde Ricote, Ulea, Villanueva del Segura a Archena, sentando pesares o pulsando giros en los inciertos flujos de su desenvolvimiento, con el fin de otear la garra de su significado. El interior de estas iglesias asumen su desgarrar sometiendo a la imaginación el sesgo de su influjo, como si fuera una confabulación con el espíritu. En todo caso hallamos cierto embrujo en la soledad del templo de San Bartolomé de Uléa que atesora francas insinuaciones desde el silencio y el vacío, desinterés que muestran sus estancias desgarradas y afincadas en una desazón de siglos.



Paisaje de Moratalla.

Hasta el sacristán Nicomedes, al que tuve el honor de conocer hace años me indicó la apatía en la que se halla el templo cuya construcción data de 1505. Un templo que necesita tratamiento en el interior y en la torre que se alza con cierta enjundia, con nave rectangular y portada neoclásica que sostiene la cruz de Santiago, aunque sustituida por la de Calatrava. En una de sus capillas interiores se encuentra una reliquia, resto del Lignum Crucis que al parecer lo trajo D.Miguel de los Santos Diaz y Gomara en el año 1933, que sustituyen otros restos o reliquias que habían sido robadas. En otra capilla se expone la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, una imitación salcillesca de menor interés.

Hubo con anterioridad un San José del gran imaginero murciano, victima de la iconoclastia de nuestra guerra fratricida pasada. El santo patrón, San Bartolomé, se entroniza por Bula del Papa Julio 2, de tan excelente memoria. Resalta el artesanado mudéjar de la techumbre, apenas visible y que fue descubierto por el recordado Jorge Aragonese, personaje ilustre que estuvo en Murcia como director del Museo Arqueológico en los años sesenta y que ha dejado profunda huella en el hacer de la investigación como en lo referente a la erección del Museo de la Huerta sito en Alcantarilla. Apenas si pudo efectuar don Jorge y dar resultados a sus deseos por situar este artesonado, debido a las dificultades con las que tropezó, estando en la actualidad, el mismo, cubierto por una franja de yeso que lo afea rotundamente.

También el campanario precisa de una restauración como los que hemos observado anteriormente, lo que daría lugar a un reconocimiento de su estructura y situación, desde donde se otea unan vista fastuosa de la localidad. Una de sus campa-

nas data de 1849, siendo otra de ellas adquirida por don Jesualdo María cura de la iglesia, o como dicen los documentos " fraile de este pueblo" en 1869.

Impresiona la subida al campanario a la vez que observar la recia maquinaria que mueve sus elementos, algo que nutre de magia este sucinto espacio digno de tenerse en cuenta y de disfrutarse para indagar en el nomenclátor de todo el repertorio de edificios que se contemplan a través de los ventanales, como forma de adentrarse en la población.

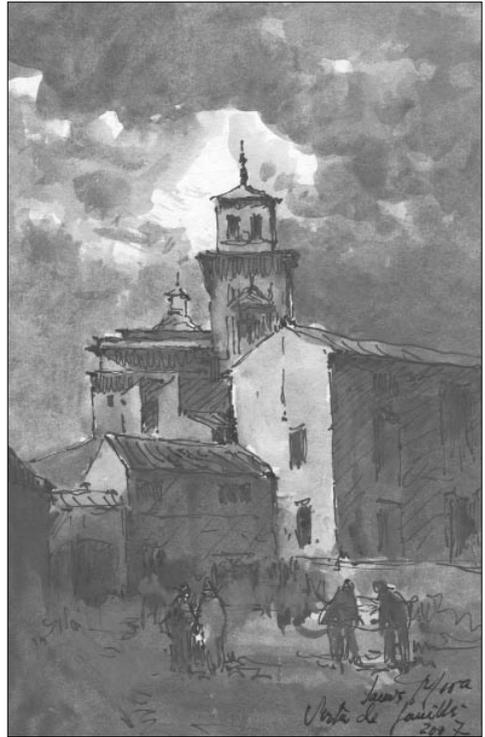
Se decantan con su imponente majestad y estructura las casas que se arrebujan en torno de la iglesia, delatan su sencillez en la complacencia del color ocre con rasgos y pinceladas envueltas en matices fríos que dan consolidación a su entorno arquitectónico, dejando su huella de siglos, como páginas usadas que el tiempo va borrando de la memoria, aunque el sol mañanero las sitúen en su vigente existencia.

En cualquier supuesto, bien vale la pena acercarse a este valle que siempre resultará inédito y transido de un aroma poético indiscutible.

Su geografía y el entorno que lo envuelve, equidistante entre zonas regionales que conjugan huerta y tierras de osamentas cargadas de espasmos sagrados, nos dan pie a la evocación. Aseguran un tratamiento supeditado a la semeblanza de las sagradas tierras de Palestina, pues ello lo vivimos cuando viajamos por Marraquer con el tinglado de sus enfoques envueltos en caseríos inaccesibles, lo que nos procura una mejor recreación.

Y es que el encuadre de estos pueblos cuyas voces nos imprimen calidad arabesca, dan rienda suelta a la imaginación para intuir rasgos moriscos ,cuya huella queda intangible ,sobre todo cuando nos acercamos desde la clásica y histórica Archena, que nos retrotrae a episodios lúdicos en relación con sus celebérrimos baños termales.

El entorno se cubre de una majestad indiscutible donde la montaña describe



Venta de Jumilla.

sus crestas cortantes al aire de su libertad, dejando a sus faldones la viñeta robusta y tangible de su figura que se recorta como imagen bella. Nos atraen los rasgos y más aun el color que se adhiere a sus casitas y dan realce a los bancales verdosos, donde el limonero realza su dimensión altanera y provoca insinuaciones y olores exquisitos.

Nos ilusiona este paisaje atractivo y que nos espera acurrucado en el regazo del monte con sus calles encerradas en la modestia de su razón de ser, con el sonido rumoroso de sus cañadas por las que antaño pasaban sus pastores con sus rebaños empecinados en arrimarse a las lomas para pastar, en tanto que el cuidador de las ovejas meditaba en lo alto de la roca mirando el vacío, por donde antaño cabalgaba la morisca y se daban cita los moros y cristianos en algaradas aludidas por cro-

nistas, o por donde se dejaba pasar al Comendador santiaguista hacia la zona murciana para entrevistarse con el Adelantado de turno.

Este es el paisaje que nos gusta, apetece para hallar la energía espiritual que se empeña en gestionar empresas culturales dando relieve a su contenido de un pasado digno de continuarse investigando, con el fin de aflorar datos para bien del patrimonio de nuestra región.

UN ENCUENTRO CON LOS PUEBLOS ALBACETEÑOS

Conviene acercarnos a estos pueblos albaceteños como continuación de un paisaje de geografía murciana que a partir de 1833 queda delimitado por la ingerencia de Javier de Burgos, aunque se aprecian en sus espacios zonas muy en relación con nuestro empaque geográfico del Noroeste.

Dejamos el valle de huerta y montaña en los alrededores de la región murciana para solicitar un espacio, tan acogedor y vario, como el que nos pone en relación con los pueblos entrañables de Albacete.

Nos interesa acudir en todo tiempo a estos caseríos de carácter y huella santiaguistas que conservan una plasticidad asombrosa, junto a sus rasgos etnográficos que anidan en su interior.

Nos interesa sobre todo viajar. El viaje es una manera de asomarse al mundo, de darse cita con la historia, el monumento y el paisaje, con la recreación de los signos que nos atraen y proclaman su resonancia desde la misma realidad que nos hace comunicarnos con la enjundia que habita en su ámbito.

Viajar es un goce, creo que el más entrañable goce que nos otorga la existencia si lo hacemos desde la cadencia de su embrujo dando importancia a la admiración, cosa que desgraciadamente no corresponde con el siglo en el que vivimos.

Dice el gran escritor R. Musil autor de "El hombre sin cualidades": "hemos conquistado la realidad y perdido el sueño". En verdad que el viaje supone dar rienda



Paisaje de la sierra de Alcaraz.

suelta a los entresijos de la imaginación asumiendo el nuevo lenguaje de la creación como muestrario de la salud del espíritu, medio indispensable para el asombro del que ya nos hablaba el mismo Descartes, como esa súbita ocupación del espíritu. Lo que nos llevaría a entroncar con la más lúcida filosofía del espíritu y de la estética pura.

Adentrarse por la sierra de Alcaraz es sin duda hundirse en un cosmos de indudable versión estética que, junto con la narrativa de su paisaje, de su clima y su aplicación ecológica, nos atrae considerablemente, pues toda esta sierra que comparo con la de Aitana, en la zona alicantina, de la que hablaremos a su vez, se enmarca en una geología densa y que aporta matices de gran importancia visual y de contenido histórico.

Naturalmente mucho se ha escrito sobre esta sierra y los pueblos que la integran, sobre sus hallazgos arqueológicos desde sus cuevas milenarias o se ha tratado de depurar el vestigio de su fauna y flora en los picos más altos y, que a modo de farallones mágicos, nos envuelven en apreciaciones muy atractivas, una vez que surcamos el puerto del Peralejo, lo que es significativo en el contenido de este ámbito de serranía donde se acurrucan pueblos de gran estremecimiento histórico con una garra santiaguista muy estudiada por eruditos.

Se agarra a su costado una amplia serie de formas y de hábitat que pone graves dimensiones en el alma de este habitante que fuera pastor trashumante con el significado que ello comporta desde el siglo XIII al XIX, lo que exigiría un nuevo enfoque.

Pero a su vez esta zona de serranía, comparable por su hermosura a Suiza, nos impone con sus encuadres que se adhieren a su trayecto una intensa recreación al dar con su campiña que se funde por los aldaños de Jaén, teniendo en cuanta la simetría altanera y prepotente de la sierra de Revolcadores, una vez alejado de nosotros la serranía de Caravaca que marca un atractivo empaste de crónica enmarcada en su silente santuario, cita de cientos de peregrinos que se acercan para sus cumplimientos espirituales y que en la actualidad adquiere un significado especial por el tratamiento que la Comunidad remarca en torno al Santuario de la vetusta localidad templaria.

De todas formas hundirse por los parajes de esta significada y atractiva sierra albaceteña nos procura altos comentarios, cuando damos con sus más íntimas expresiones de índole etnográfico, asumimos fragmentos de modos de vida que el pastor y el agricultor morisco de la zona siguen manteniendo en su mejor estilo. Se acurrucan esos vestigios en lo más profundo de sus expresiones vitales y se expanden en sus días lúdicos, en torno a sus santos patronos y festejos seculares.

Por lo que conviene apurar el néctar de esta ruta nunca cansina pero sí entrañable que nosotros venimos haciendo desde hace años con el ánimo dispuesto siempre para dejar rienda suelta a la fantasía, para soñar con los altos picos envueltos en nubes que en los inviernos provocan brumosas recreaciones y que dejan en los estícos enfoques magníficos de vistas sonoras, que se aprehenden en la lejanía de grises y azules incalculables.

Merodean por estos pagos rinconadas

de recia majestad amparadas en los costados de umbrosos envoltorios que se ayuntan junto a valles inmensos, por donde se aprecia el paso de un riachuelo, acaso de un afluente del Segura que nace en la altura de Jaén decantando su belleza en el recodo de Riopar, para dejar caer desde la altura las melenas plateadas de sus cabellos líquidos en roces por laderas y riscos que nos apasionan y forjan citas cálidas que nos hace saborear el rostro de este fluir del Mundo por las sinuosidades y meandros que reposan en parajes, tan deliciosos como el de Mesones, donde se amansa el agua y se miran los alamillos con sus hojas tostadas en el agua transparente que les sirve de espejo.

Se conjuga por esta zona un ademán de encajes poéticos, mientras la mirada saborea, en este tiempo otoñal, la suavidad de la luz envuelta en el alma de los árboles que nos requieren con sus poses delicadas dispuestas a forjarnos sensaciones transidas de menudencia, a la vez que nos convoca a gozar la delicia del momento en ese lugar ameno, de tanta gravedad como de líricas insinuaciones.

En realidad vamos conociendo a través de este itinerario todo un muestrario de varias sensaciones que nos infunden ecos de un pasado, junto a una recreación de imágenes que nos hacen brotar deseos de vida. Algo que nos sitúa en otra dimensión de añoranza abierta al eco de su vibrante presencia.

No nos vemos asistidos por guías ni provocados por el verbo de oradores prestos a consumir estancias y parafrasear lisonjas sin más, pues nos acercamos a estos espejos del alma con la humildad de quien camina con el tesón de aunar criterios de estética que nos fascine, sin otra documentación que nuestra vivencia y los aditamentos de la palabra enraizada en cada instante.

Y es que este es el poso que Azorín nos muestra en su anotar y ver, como la diestra medida de profundidad que otorga la



Iglesia de Hellín.

mirada de nuestro Ortega y Gasset para el que nada hay más curioso y ameno que el andar, mirar y anotar desde el lugar, estrechando encuentros con la realidad que palpita y a la vez se deja amar por la mirada y la pasión que delata su digna evanescencia colorista, su envoltura de intrahistoria que se hace meditación desde la entraña.

La realidad queda santificada por el gesto del artista que sabe recomponer su esencialidad que reordena el contenido del paisaje en su completitud, bien sea campesino o urbano que se muestra ante él mismo, como si estuviera relatando su mismidad, su completa envoltura.

De tal significado son las secuencias que se dejan abordar en el tiempo y en el espacio con el que caminamos. Detrás de todo eso hallamos la única pulsión posible,

la vertiente de algo que irrumpe y se apodera de nosotros con su letargo, su huella y razón: su enigmática pose que nos deja un esquema palpitante en el alma.

Se concita en el camino una serie de aspectos capaces de incrementar el anhelo de tomar contacto con la tierra, con el encuadre y la osadía de su embrujo, desde el relato de cada espacio.

Es en los aledaños de Hellín donde se acomoda el evento urbano desde las vías de trashumancia que rondan los viejos caminos, enlazando cuitas del alma cansina y marcada por la decrepitud del paisaje. Se aprehende desde allí la ocasión de llegada en la intensa pose del pueblo que, con el nombre de Isso, se aposenta y urge la mirada como estrategia para recomenzar la singladura.

Es fácil cursar la crónica de este encaje pétreo que nos sugiere un pedazo de naturaleza recostada en un pasado medieval: detalle de posada y mansión guarnecida para eventos de pastoreo. Ahora delata su entraña en la torre de su iglesia y en las mansiones de una arquitectura moderna. Es interesante llegar aquí y engancharse a sus recodos por donde se deja marcar el giro de los rebaños por el alto de sus cañadas con el murallón atosigado y bermellón de su pétreo torre esquilada por el poso del tiempo

Hay en este poblacho de Arcadia un remanso de paz y beatitud que nos da pie a trasvasar sus límites hurgando por su jurisdicción, sin otra meta que tomar contacto con sus usos antañones mezclados en sus fiestas de estío, por las que canturrea el verbo de antiguas devociones.

Conviene seguir para vivir el trazo lírico de toda una parafernalia de espacio ameno que conserva su tinglado ecológico, en tanto nos dirigimos a la sierra para dar con los meandros del río en su fugaz y eterno caminar hacia su desembocadura.

Aparece de esta guisa su huella romana en los puentes de recias piedras remo-

zadas de soledad que se juntan en sus arcadas, por donde transcurre el río y se abrazan los amantes en ternuras infinitas.

Este ámbito pertenece al silencio y la mirada que se esfuma y sueña con sus amarillos de acuarela. Todo es suave delicia que se refleja en el agua juguetona que transcurre quedamente, mientras se encaraman los senderos en giros proverbiales de rutas ajustadas.

Estancia esta que es cromo y placer de la mirada, realce de la pintura y motivo para el poeta que aun en su silencio se atreve a vincular lo clásico con lo nuevo.

SIGUE EL CAMINO

Sigue el camino recto de montaña cuajada de color embastado de pureza en sus alamillos cargados de esmaltes ocre, como donceles que esperan altivos a los pajarillos gozosos de la campiña, acaso al aguilucho revelador de sus muecas sagradas.

Todo el paisaje aquí se hace asombro de la vista, requiebro de los sentidos, en un festivo afán por escuchar el sonido del agua entre el lamento del viento de la mañana. Mientras tanto el camino nos revela la anchura del acantilado, que nos estremece, mientras los sillares de la sierra dejan libertarias construcciones de viejos y fogosos cantiles gigantes luciendo su rostro en la piedra fabulosa.

Todo este conjunto de sierra nos embruja y da pie a investigar tanto desde su espacio histórico como en sus múltiples facetas ecológicas. Se adhiere en su estructura un denso aporte de singularidades relacionadas con distintos tratamientos, que hacen muy rica y variada su capacidad de ahondar en su dimensión.

La sierra de Alcaraz mantiene su ingente trance geológico y nos suministra aportes de muy intenso encaje en el que se concita la fantasía con la danza orgiástica de la pinada. Conviene que vayamos captando su anecdotario a lo largo de sus caminos que nos embriagan y hacen brotar emociones sin límite.

AL FONDO QUEDA ELCHE DE LA SIERRA

La vista desde lo alto de Elche de la Sierra, "Elhecico" nos hunde en un territorio de cuitas interesantes que conjugan selectos momentos de entronque con el pueblo, de tanta prosapia.

Se avista desde la altura su silueta como un reloj de la mirada que otea el templo colosal en su factura y las casas que se funden a su regazo. Se delata el pueblo como un entrañable dibujo de pintor romántico con su añeja estructura de calles y plazas, edificios nobiliarios que nos envuelven con su manto dieciochesco.

Cabe dar en este encuadre con la plaza del Ayuntamiento y tomar consigna de su carácter edilicio que marca el empeño de sus habitantes por su Casa Consistorial urdida desde una necesidad de encuentro y trabajo, todo ello en unidad de afanes compartidos, lo que se contiene en la inscripción de su fachada:

*"Unión, constancia y afán
Hicieron este edificio.
El pobre con su servicio.
El rico con su caudal."*

Todo un entronque con lo que pudiera ser el tono de una filosofía concejil que nos induce a consideraciones de índole municipal. Pero ello nos llevaría por otros terrenos que no son los que en este momento deseamos indagar.

Lo cierto es que el pueblo queda arraigado en su empaque de signo santiaguista con el diorama de un elemento lúdico que queda provocando ritos de emoción, cuando se acercan sus festejos en honor del Corpus donde se arrebuja el pueblo en atenciones fervorosas, llenando las calles con bellas alfombras de colores con una gracia y belleza antañona. Puede que la gente se cite para vibrar con los encierros de vaquillas y toros que se aúnan en un estremecimiento de colosales esfuerzos por dar decoro y dinamismo al

ambiente. Algo que se secunda en la variada zona de la sierra como elemento básico de una añeja trashumancia de reses.

El trayecto apura su sentido estético desde los encuadres que nos van situando en atractivas versiones, relatando todo un argumento de vida local que se disgregan en sus añejos villorrios y pueblos que nos atraen y en los que se acurruca expresiones etnográficas de importancia.

Merece la pena quedarse un tanto en el manso reducto de sus aldeas donde el río aduce su factura de protagonista y recalca su menudencia en la paz mensurable de sus orillas, por donde el Mundo sigue su itinerario retomando formas y asistiendo a enlaces deliciosos, sobre todo en el intrínquis del otoño que es el tiempo óptimo para captar la sutil belleza, el encanto de sus parajes.

LOS FANTASMAS DEL VIEJO LAMINADOR

De pronto en nuestro caminar desenfado y diestro entre sendas y prados, encaramando montañas y atisbando valles de soledad y encanto, nos enfrentamos a poblachos cargados de silencio y hastío donde se atiende a la soledad fundida entre alamillos y el rumor del río que queda enmarcado en su trayecto.

Aparece Riopar una vez que se dejan los tapiales fecundos de El Laminador, que fuera poblacho vetusto, donde suenan los ecos de sus venerables fraguas con sus braceros que trabajaban en el metal forjando admirables objetos que dieron lustre a la población e introdujo por España la calidad de sus productos: toda una tradición artística de la que tan sólo queda la memoria.

Pero es imprescindible parar en este ausente poblado y requerir a la mirada su antañón pasado, como argumento elemental de recreación de un arte que tan sólo el recio discípulo de Vulcano supo encajar y dar forma, con la sabiduría de su mente y

la pureza sabrosa del fuego capaz de dar el aire mismo al material.

Nos acongoja en estos momentos el silencio que se otea en este añoso poblado como aposento de fantasmas que dormitan al compás de su espantoso silencio. Nos asombran sus piedras y las calles rotas y abandonadas por las que antaño fluía gente que formaba parte de una gran empresa pero que de pronto, por circunstancias económicas decae, dejando a cientos de familias en el paro, lo que conforma en la actualidad el fantasma del viejo poblado.

Resuenan aun las quejas de aquellos artesanos sólidos y emocionados ante el porvenir que ostentaban y que ahora tan solo sirve para rememorar una época gloriosa.

A veces me acerco a las casonas que eran viejas fábricas donde se daban cita operarios para trabajar en la fragua. Están obsoletas, como mansiones destinadas a la soledad, como si tan sólo permanecieran como remansos en los que luce el sol de las tardes espléndidas del otoño como el que disfruté la otra mañana pasando por villorrios escondidos, reteniendo la luz de la tarde de unas casonas de este ya tenebroso Laminador que es huella de algo que va quedando en la memoria del pastor que por allí transcurre, como Eugenio que lleva sus cabras por esta zona buscando el pasto necesario.

Se le revuelven y ha de llamarlas para que tornen al redil pues algunas son díscolas y trepan por las ramas y arbustos buscando alimento. Y es que el pastor las sabe dominar pues ya son muchos años en su oficio.

Es capaz de conversar conmigo en la cadencia de la tarde que ya anochece; por lo que ha de llevarlas a su guarida que se encuentra a unos kilómetros de la zona.

Se marcha quedamente y aguanto la mirada hasta que la última cabra se pierde en lontananza. Se me queda en la retina el rostro clarividente de este personaje

que representa a la vieja trashumancia, forma parte de lo que fue durante la época moderna la Mesta, con su rigor y la conciencia de un oficio que se gestaba en los caminos y donde el pastor era su mejor protagonista.

Por esta zona había trashumancia ya que los pastores iban a Jaén y volvían tras pernoctar en apartados lugares. De ahí el significado de este personaje, su elocuencia y la filosofía que medraba en su interior que se recoge en los mejores libros de nuestra literatura, y donde su misma figura proclama una verdad y magnificencia que nos asombra y a la que le otorgamos nuestro más puro homenaje.

PAISAJES DEL RÍO MUNDO

Se abre el paisaje a medida que vamos avanzando y se recrean las sierras con sus farallones impresionantes dejando que la mirada disfrute de su libertad más intensa, en tanto que en el llano suena el río con su fragor de cascada recortada en las silentes hoces del nacimiento del Mundo para caer en cascada fogosa, como si fuera el cabello de una ninfa, lo que deja en el alma el suave rumor de lo bello que es a la vez sonoridad de una sinfonía mágica que la naturaleza otorga a quienes pueden saborear su significado. Bellísimo entorno este que nos acoge en el espacio nítido y hermoso desde el que se puede afincar el alma para veleidades recogidas, que son las que nos hacen falta en este mundo en el que vivimos.

Nos encontramos en un lugar arcádico donde se aúna la delicia de la mirada con el sonido del agua que se deja caer en filigranas de nieve que se desgaja entre los cantiles que se encuentra en su trayecto.

Todo es atractivo y se inyecta en rumorosa calidad enlazada con el anonimato de los duendes que susurran por derredor, de las ninfas que se acogen mientras el viaje de adorna con sus mejores galas.

Como dice un escritor que ha cursado su sudor por estos prados, ese líquido se



Paisaje del Río Mundo.

desfleca en cascadas a ciento cincuenta metros del lecho del valle. Josevicente Mateo, autor de un texto de viaje por esta tierra, narra cada oportunidad de llegada y encuentro por estos senderos apacibles y recoletos, que nos sugieren encuadres de gran embelesamiento. A veces el autor no es sensible a determinadas vistas que se abren al valle y que nos parecen hermosas cuando lindan con Elche de la Sierra, pero ello es algo inevitable en descripciones de esta índole.

Pues que en este punto damos con el rostro espléndido del nacimiento del río, en los enormes conjuntos que se delatan en su derredor cañadas y promontorios como el de Calares y el cerro Argel que se elevan rotundos y místicos desde el valle de las truchas.

Todo ahora se hace noble y lanza al espacio el trance apoteósico que se instala

en su círculo mágico demandando enlaces de citas y coloquios de poetas.

Paraje insólito que derrama su armadura de signos ebúrneos; deja en su mueca la grave sensación de la elocuencia y da realce a lo más entrañable del espíritu.

Nada es tan preclaro ni se detiene en su énfasis de satisfacción aparatosa, como el eco que trasciende del lugar que nos evoca las más robustas sensaciones que nuestros egregios escritores del siglo de Oro de nuestra literatura nos legaron en sus recios y sonoros libros. Cabe evocar en este trance a Garcilaso con sus cuitas amorosas enlazadas con suaves y líquidas evanescencias poéticas que nos embelesan desde las orillas de prados rumorosos, como nos sitúa en este lance lo que nos dice Fray Luis de León al significar: “El día era sosegado y purísimo y la hora fresca...”. Se despierta el alma en estas referencias y solicitamos el encuentro de calma con estos prados dormidos, para imbuirnos de su tronío apartando la mente de otros temas que no sean de libertad, envueltos en giros de alto reconocimiento que enlazan con los temas sinfónicos de lo celestial.

Nada puede forzar mejor a la fantasía que surcar, desde el lugar acogedor, el lánguido surco de los latidos emocionales que cuelgan en la mente del hombre como válvula para sacudir sus estremecimientos y dar locuaz vibración a la tangible enseña de su patria estética, como realce de la mejor forma de complacencia.

Se engalana en este encuadre la tierra con sus vestiduras silentes y agraciadas dejándose llevar por la fastuosidad, como moza preparada para el tálamo, o bien se provoca un escenario delicioso para el encuentro con la beldad que nos ilumina con su gracia y persuasión.

De tal guisa es este formidable ámbito, ternura para el corazón y sugerencia para la mirada capaz de rasgar el aire y dejar ditirambos en sus esquinas.

Se puede traer a colación a Boscán o

dar factura a la frase de Fichte ,como trazar con Valbuena Prat su candor por el paisaje de sus favoritos escritores, cuando afirma” :El que no oye las voces de las aves y las aguas que hablan del Creador es como el sordo; el que no sabe lo que dicen los resplandores y bellezas de la tierra es como el ciego”.

Y es que, como a su vez señala el fraile autor de Los Nombres de Cristo, a algunos el campo los enmudece, mas a otros los hace hablar, pues: “ Yo como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar...”.

Tal es el formato que acabamos de describir donde la palabra puede quedar corta ante la dimensión de lo observado, o bien se enreda entre laberintos plásticos que nos envuelven en ágiles alabanzas y placenteros empastes que para un pintor son gratos y sugerentes.

Es preciso dar con este locus amoenus, que decían los clásicos, para volar por el aire de la auténtica república de las letras, de la que habla nuestro ínclito Saavedra Fajardo, cuyo testamento literario se acomoda al verbo de la mejor estructura de la lengua. Como se hace patente la potencia que se ajusta a los perfiles de la naturaleza, en estos fértiles y sabrosos soportes de paisajes por la circunvalación de nuestra sierra soñada y transida de crónicas altas y peculiares.

LO IMPORTANTE ES EL CAMINO

Se camina con el ánimo embargado y la mirada prieta en deseos de buscar entrañables goces que nos sitúen en lo mejor de la vida, pues que esta no es mas que una farsa que nos enreda en turbulencias inéditas que a veces nos enajena el espíritu, cuando por el contrario, el hombre ha de participar de la gracia y desenvoltura del instante, que es lo único que tenemos.

Porque el tiempo nos entumece y agobia, envuelve en su magia de envejecimiento conturbando los sentidos.



La Roda.

Hay un tiempo que es nuestro y con el que hemos de convivir, pero existe el del calendario oficial que nos funde en sus distantes apetencias como desligándonos de nosotros mismos que, al fin y al cabo somos quienes tenemos el deber de forjar nuestra existencia.

El uno nos sitúa en la vertiente subjetiva, precisa, necesaria y entregada, en tanto que el otro tipo de calendario va dirigiendo nuestros pasos por distinta senda: se disloca en un frenesí de dualidad que deja huella en el espíritu.

Y es que el tiempo juega en ambos con su sesgo diverso, en el primero se gestiona desde el acontecer de uno mismo, con-juga su mismidad y se afinsa en el desparpajo de su recia vocación existencial, mientras que en el segundo administra su contenido desde los intereses de la oficialidad, sin tener en cuenta el espacio que el individuo anhela para estrujar cada hora y formar un amasijo con lo único que cuenta y hace que se crea en su cabal significado.

En todo caso el tiempo es lo único que poseemos, sin él no existimos, desde su encaje nos mostramos como personas que expresan y aportan líneas de valores que nos enriquecen.

Es la única lámina en la que reclamamos ocasiones de fecunda madurez y con su material delimitamos cosas, cargamos esperanzas y proyectamos caminos que finalmente nos formulan una emboscada angustiosa.

El hombre desde su origen impone un curso a su vida, va marcando etapas y se olvida del esquema que le alimenta desde su nacer hasta su final.

Pero es que no mantiene otra factura ni otra cuota que la que le va delimitando su misma naturaleza empastada en la muela de la decrepitud. A veces pensamos que el tiempo existe en relación con nosotros mismos, que no nos importa el de los demás, que los días y los meses, los años y las décadas son entelequias que rellenan espacios agoreros y enlazados con la negritud. Pero otras veces buscamos con ahínco la calentura de los años para recrear y traducir el pasado en obra de arte como lo hizo M. Proust en su ingente obra, desde la valencia de su aporte introspectivo que resuelve episodios de grave lectura y donde la palabra, la poesía es capaz de embadurnar la irreversible y perturbadora digresión de lo temporal.

Para salir de esta encrucijada hemos de abrir las compuertas del espíritu, colocar la intuición en su justo límite y recomenzar a saborear el pasado, el que tuvimos: aquello que nos hizo vibrar en un instante fugaz de nuestra vida para retomar el embrujo del viaje como único deleite que nos desvió de los objetos inútiles y envolvió en sábanas de fantasía.

Todo lo demás se escarba en el calendario de la oficialidad que cuelga de nuestras paredes, se enrolla y formula en gestos de horas útiles e inútiles que el humano suele tapar con una crucecita, cuando en realidad todos los días, cualquier hora, momento o segundo se hace gesta gloriosa de la mirada desde ese enfoque del tiempo personal que nos provoca la gracia de algo consolador.

Y es que con el bagaje del tiempo nos enfrentamos a la realidad que nos rodea sin mas, apuramos el néctar de cada instante saboreando la huella que se resiste a perecer.

(Continuará).